

Luces y sombras del populismo

Lights and shadows of populism

Tasia Aránguez Sánchez

Resumen: Se presentan los rasgos fundamentales del modelo explicativo de Laclau es un referente indispensable en la conceptualización del populismo. A continuación, se exponen los aspectos positivos del populismo, utilizando el ejemplo del “momento populista” que tuvo lugar en España a partir del 15M. Posteriormente se abordan las posibles derivas negativas del populismo y las críticas teóricas que se dirigen contra este fenómeno político (en especial las de Žižek). Por último, se abordan las limitaciones que presenta el populismo para integrar las reivindicaciones feministas.

Palabras clave: Populismo, marxismo, feminismo, hegemonía, mujeres

Abstract: We expose the fundamental features of explanatory model of Laclau, which is an indispensable reference in the conceptualization of populism. Then we expose the positive aspects of populism, using the example of the "populist moment" that took place in Spain from "15M" movement. Later, we present the possible negative consequences of populism and the theoretical criticisms exposed against this political phenomenon (especially those of Žižek). Lastly, we explain the limitations of populism to integrate feminist demands.

Keywords: Populism, Marxism, feminism, hegemony, women.

INTRODUCCIÓN

El populismo es un fenómeno de indudable interés para la reflexión política. En España, el partido político Podemos ha reivindicado el término “populismo”, y este mismo término ha sido empleado por sus rivales políticos como instrumento de ataque. La categoría se utiliza para analizar o criticar numerosos fenómenos políticos (por ejemplo, la campaña del Brexit y el ascenso de Trump). Esta categoría se ha atribuido a numerosos fenómenos, muy distintos unos de otros: Perón (considerado arquetipo del populismo), Berlusconi, el movimiento cinco estrellas y Corbyn son algunos de ellos. La diversidad de los fenómenos que han sido descritos como “populistas” puede producir confusión, ¿qué características tendrá una noción política capaz de aglutinar fenómenos tan dispares?

Si nuestra investigación se basase en el análisis de su uso en los medios de comunicación encontraríamos que usualmente el término se emplea como un insulto con los siguientes sinónimos: contrario a la racionalidad política, discurso intelectualmente pobre, manipulador, impreciso, vago en sus afirmaciones, desa-

rrollado por agentes políticos inmaduros que suelen utilizar la retórica, la demagogia y que dominan a la perfección los medios de comunicación como la televisión y las redes sociales, ausencia de programa político o ideología, llamada al protagonismo de las masas, constantes menciones al pueblo, manipulación, uso estratégico de las llamadas a la participación democrática, utilización de las movilizaciones populares e hiperliderazgos carismáticos. Resulta complicado abarcar la amplitud del término “populismo” en su sentido peyorativo porque, como sostiene Laclau (2015, p. 29) «suele utilizarse como sinónimo de todo aquello que nos parece incorrecto». Worsley (1969, p. 245) señala que, «aunque es cierto que en las formas históricas definidas como populismo ha habido gobierno por televisión, demagogia y manipulación de las masas, también hay numerosos ejemplos de auténtica participación». Laclau considera que, si queremos hacer un análisis útil sobre el populismo, debemos rechazar los intentos de definirlo en negativo, desde el mero rechazo. Para comprender el fenómeno resulta imprescindible estudiar por qué estas características como la vaguedad del discurso y el liderazgo carismático surgen en un momento dado y a qué necesidades sirve su aparición.

En esta introducción expondré el modelo explicativo de Laclau, que es un referente indispensable en la conceptualización del populismo. A continuación, expondré los aspectos positivos del populismo, utilizando el ejemplo del “momento populista” que tuvo lugar en España a partir del 15M. En tercer lugar, abordaré las posibles derivas negativas del populismo y las críticas que se dirigen contra este fenómeno político. Por último, se abordan las limitaciones que presenta el populismo para integrar las reivindicaciones feministas.

Para comprender el modelo explicativo del populismo elaborado por Laclau (2015, p. 99) resultará útil que nos remontemos, a modo de ejemplo, al surgimiento del movimiento 15M surgido en 2011, que es el origen del “momento populista” de la política española (a lo largo de este artículo retomaré constantemente este ejemplo para facilitar la comprensión de las controversias entre los autores y autoras que se exponen). La crisis económica, aunada con la austeridad, habían generado la aparición de numerosas demandas populares insatisfechas: encontramos personas que han perdido sus viviendas en la estafa de las hipotecas, encontramos jóvenes que han tenido que emigrar por falta de oportunidades, trabajadoras autónomas que no pueden asumir las cuotas, personas que no pueden pagar la factura de la luz, familias con todos los miembros en paro, pensionistas que mantienen a toda su familia, personas dependientes que han perdido las ayudas, etc. Estas demandas son diversas entre sí y conciernen a distintos problemas: desempleo, salud, educación, precariedad, etc. Todas estas demandas fueron aglutinándose en la formación de un gran movimiento de protesta porque las autoridades no estaban solucionándolas. Si una demanda aislada es satisfecha, el problema termina, pero si no lo es, la gente comienza a percibir que otras personas tienen demandas también insatisfechas.

La acumulación de demandas insatisfechas y la incapacidad del sistema institucional para resolverlas una a una, de forma aislada, favorece la formación de una cadena equivalencial que conecta las diferentes demandas. La gente afectada

comienza a percibir que existe una conexión entre sus problemáticas. Si el Gobierno no logra aislar y atender las demandas centrales, surgirá un abismo cada vez mayor que separará al sistema institucional de la población, posibilitando un fenómeno social como el de “los indignados del 15M”. Las demandas populares acaban por dar lugar al surgimiento del “pueblo”: surgen “el 99%” y “la casta”, los de abajo y los de arriba. Por consiguiente, en la teoría de Laclau la formación de un pueblo requiere el establecimiento de una frontera que divide la sociedad en dos campos antagónicos. Para que se conforme el pueblo del populismo tiene que existir un poder que durante un largo tiempo permanezca insensible a un amplio número de demandas insatisfechas, es decir, tiene que existir una situación de crisis.

LUCES DEL POPULISMO

Un rasgo del populismo es que las demandas se aglutinan en un cierto desafío a la normalización política, en una dimensión anti-institucional, contra el orden usual de las cosas. Con el fenómeno político de “los indignados”, y posteriormente con la emergencia de Podemos, pudimos comprobar que el mapa político, que se dividía tradicionalmente en “izquierda” y “derecha”, quedó durante un tiempo sustituido por un nuevo antagonismo, que dividía la sociedad en “los de arriba” y “los de abajo”. Este desplazamiento surgió porque el bipartidismo había caído en el inmovilismo social. Buena parte de la sociedad consideraba que el sistema institucional había blindado a una “casta” en el poder que se beneficiaba de la alternancia entre una derecha y una izquierda que no estaban suficientemente diferenciadas, pues la precariedad se cebaba con la gente corriente y las izquierdas no parecían capaces de revertir esta situación. Sin embargo, este discurso anti institucional no significa, como sostiene Surel (2003, p. 116) que los movimientos populistas se queden al margen del juego electoral, ni tampoco que se opongan necesariamente al orden constitucional. De hecho, el ejemplo de Podemos pone de manifiesto que el populismo es un recurso discursivo que puede ser empleado por un partido que participe en el juego parlamentario. Dicho juego discursivo consiste en sostener que las élites del poder han traicionado al pueblo al no cumplir las funciones para las que fueron designadas, y que es necesario restituir el poder del pueblo, de “la gente”. Surel sostiene que el populismo es el elemento democrático de los sistemas representativos y Laclau matiza esta afirmación señalando que, aunque siempre que hay democracia hay populismo, no todos los proyectos políticos son populistas en el mismo grado (Laclau, 2015, p. 195). Los movimientos más populistas son los que articulan tantas demandas insatisfechas que proponen la división de toda la sociedad en un nuevo campo antagónico.

La configuración de un nuevo antagonismo permite una reinterpretación de numerosos aspectos asentados en la cultura política: por ejemplo, en España se cuestionó el relato de la transición modélica, se criticaron la “cultura de la transición” y el “régimen del 78” y se defendió la necesidad de un nuevo proceso constituyente. También se criticaron el bipartidismo, la alternancia política, las puertas

giratorias y la corrupción que ese sistema había generado, se cuestionó la profesionalización de la política y se defendió la entrada en política de “la gente corriente”, es decir, de personas que hasta ese momento se habían dedicado a sus correspondientes profesiones y que podían aportar una renovación de las instituciones y una nueva ética democrática. Frente a la política rígida e institucionalizada, se propuso una revitalización de la democracia, reclamando el desarrollo de procesos participativos basados en el ideal de la horizontalidad. El sistema de partidos se transformó, pues se acabó con el clásico voto a “lo menos malo”. Frente al cálculo electoral, se reivindicó el “votar con ilusión”, con proyecto utópico, desde la confianza romántica en el éxito y sin temor a que emergieran nuevas opciones dando lugar a un Congreso plural. No había institución consagrada que escapara al escrutinio de esta ola renovadora: la monarquía se tambaleó y Podemos intentó reinterpretar incluso el significado de la bandera española y de la idea de patria. Frente a las reminiscencias franquistas de la bandera, se reivindicó la idea de la patria de los desposeídos, de los exiliados (tanto aquellos históricos exiliados de la segunda república como de los jóvenes que con la crisis se habían obligados a emigrar buscando trabajo), la patria de las desahuciadas y las precarias.

Todos estos cambios fueron favorecidos en gran medida por las intervenciones televisivas de nuevos líderes que hablaban el lenguaje de la gente corriente y por la implicación masiva de la generación del 15-M a través de las redes sociales. A pesar de las limitaciones de las tertulias televisivas, hemos de reconocer que la audiencia respondió con un interés inaudito a los debates políticos y la sociedad dejó a un lado la enquistada desafección y se mostró interesada por el devenir de la política en sus conversaciones cotidianas.

Ernesto Laclau (2015, p. 193) considera que la noción de “pueblo” es más poderosa para la movilización social que la apelación a la clase obrera, que carece de la amplitud necesaria para dar cabida a todas las personas maltratadas por el capitalismo. Laclau se aparta del pensamiento marxista al desplazar la noción de clase. “Pueblo”, entendido en el sentido de “los de abajo” permite reunir a personas como las desempleadas, precarias, inmigrantes y cuidadoras. Son grupos que tal vez no se sentían incluidos en la categoría “clase obrera”. El término “pueblo” también permite dar cabida a otros antagonismos diferentes al estricto conflicto de clases: feminismo, animalismo, ecologismo, antirracismo, lbtbi, etc. De hecho, no es posible determinar a priori quiénes van a ser los actores hegemónicos en la lucha populista y el sujeto central en esa hegemonía no tiene porqué ser la clase trabajadora. Lo único que sabemos es que la lucha popular emerge de los desposeídos.

La agrupación de unas demandas determinadas en la misma cadena equivalencial no es algo necesario, sino que es algo contingente, pues dichas demandas pueden agruparse entorno a múltiples alternativas discursivas (Laclau, 2015, p. 179). Las personas podemos ocupar muchas posiciones de sujeto simultáneamente (unas de dominio y otras de subordinación) y nuestras identidades son el producto de esa interrelación compleja. Ni siquiera todas las posiciones de sujeto pueden interpretarse desde las categorías clásicas como clase, sexo o etnia (Laclau, 2015, p. 310). Por eso vivimos en una época en la que el discurso público adquiere una im-

portancia decisiva para configurar un determinado antagonismo, un determinado “pueblo”. Como hemos visto en el ejemplo del 15-M, la demanda de la lucha contra los desahucios se convirtió en uno de los epicentros de la hegemonía discursiva que se opone a la casta político-económica responsable de la especulación financiera. Pero que fuese precisamente esa demanda el centro de la cadena equivalencial “99% contra 1%” no era algo que pudiera preverse de antemano. Las voces que pudieron expresarse a través de los medios de comunicación tuvieron mucho que ver en la configuración de aquel determinado pueblo, al visibilizar esa demanda de un modo tal que logró emocionar y aglutinar otras demandas a su alrededor (Laclau, 2015, p. 276). Según el filósofo, precisamente el hecho de que la noción “pueblo” sea vacía es lo que permite que muchas personas diversas puedan sentirse incluidas en esta categoría y esto proporciona a la noción una capacidad para aglutinar demandas muy superiores a la que tiene una categoría de significado más rígido, como la “clase social” (Laclau, 2015, p. 193). Si el 15-M logró implicar a tantas personas y hacer que se sintieran parte de un mismo sujeto colectivo fue porque “99%”, “los de abajo”, “la gente” o los “indignados” eran nociones vagas con capacidad para aglutinar un amplio rango de experiencias de indignación.

SOMBRAS DEL POPULISMO

El propio Laclau (2015, p. 127) apunta con gran lucidez las posibles derivas del populismo. El filósofo expone que cuando hablamos de demandas concretas es fácil identificar quién se niega a satisfacerlas, pero cuando se unen muchas y diversas demandas, resulta más complicado localizar quién es responsable de tan variadas situaciones. Cuando mayor es la cadena de equivalencias, más frágil resulta. El pueblo requiere de un enemigo tan vago como “la casta”, “el 1%”, “los de arriba”, “el régimen”, “el sistema” o “la oligarquía”. Por su parte, el “pueblo”, la “nación”, “la patria”, “los de abajo”, “la gente”, o “la mayoría silenciosa” son nociones igualmente vagas que representan a los oprimidos. El populismo implica la construcción de un antagonismo que aglutina a grupos muy diversos entre sí y para que la gente siga identificándose con esta “comunidad” es necesaria cierta pérdida de concreción discursiva. Cuando numerosas demandas se articulan entre sí lo normal es que sean abarcadas por significantes vacíos como justicia, igualdad o libertad. Cuando el populismo se consolida, el discurso político de los líderes va sonando cada vez más vacío, más desprovisto de una agenda concreta, porque se mueven en un equilibrio complejo en el que decir más de la cuenta puede suponer que algunas demandas no se vean representadas y que determinados colectivos sean excluidos del “pueblo”. Para Laclau (2015, p. 128), el hecho de que las palabras “casta” o “99%” sean vacías no se debe a una deficiencia ideológica o a la inmadurez inherente al populismo, sino que es algo necesario para que pueda sentirse integrada la gran mayoría de la población. Cuando se lucha contra “la casta” muchas personas sienten que sus problemas concretos son causados por ese enemigo. Además, algunos grupos populares como “los autónomos”, que se darían por aludidos si se

hablase de “la burguesía” o los “empresarios”, experimentan que “la casta” no está criticándolos a ellos, sino a las auténticas “élites”.

Así, encontramos unos líderes que se esfuerzan por alentar el sentimiento de unidad popular mientras se construye un antagonista al que casi toda la población pueda detestar. Simultáneamente, se procura no concretar demasiado la agenda política, porque eso debilita la cadena de equivalencias. No es raro que el populismo desemboque en el hiper-liderazgo. La fortaleza del liderazgo es necesaria para representar a la comunidad como un todo, porque la voluntad popular no existe como tal, ya que siempre existen muchos grupos sectoriales con demandas diversas. Laclau señala que la principal función del liderazgo es producir símbolos que construyan pueblo. Pitkin (1967, p. 106) alerta de que esta situación, llevada al extremo, conduce al fascismo, que es cuando el líder obliga a sus seguidores a ajustarse a su voluntad. Laclau señala que mientras en el fascismo se produce un desprecio absoluto hacia la voluntad popular, en el populismo se construye esa voluntad mediante el símbolo. El líder es tal porque logra representar con sus palabras y símbolos a todos los sectores insatisfechos, que ven sus propios rasgos reflejados en el líder (o los líderes) (Laclau, 2015, p. 205). El líder es un *primus inter pares*. El propio líder es un significativo vacío que aglutina todas las demandas y su carisma resulta más importante que sus propuestas.

Como es difícil que una cadena tan amplia de demandas mantenga una unidad estable durante mucho tiempo, pronto muchos colectivos sienten que sus demandas entran en contradicción con otras demandas de la cadena, que sus intereses están relegados frente a los de otros grupos y que ese “pueblo” no les representa. Al comienzo todo el mundo creía poder ejemplificar con sus propios avatares vitales el significado de ese “pueblo” de ese “los de abajo”, de ese “la gente”, pero con el tiempo el discurso populista pierde su capacidad de conectar con multitud de demandas. En su esfuerzo por mantener un equilibrio que lo diga todo sin decir nada, muchas personas se sienten abandonadas y se indignan ante lo que perciben como mera palabrería. Los líderes dejan de parecer *primus inter pares* y pasan a parecer “políticos”. Simultáneamente, el poder creciente de los líderes va minando el origen horizontal del movimiento populista y se produce una desmovilización progresiva de la sociedad. Si al principio el carisma del líder lograba fortalecer la unidad popular, cuando el populismo entra en descomposición la ciudadanía percibe que no hay más programa político que la voluntad del líder, que las demandas ciudadanas ya no tienen apenas reflejo en el discurso. El líder cree representar la voluntad del pueblo, pero aquel pueblo ya no existe. Incluso su propio partido se descompone en guerras intestinas, que son consecuencia de un modelo en el priman los símbolos sobre las ideas y que tiene una tendencia acelerada hacia la jerarquización.

Žižek considera que la revuelta política no se elabora con construcciones discursivas, sino que es consecuencia de una realidad material que azota de forma real a las personas (2016, p. 30). Según la explicación de Žižek fueron la crisis económica y los conflictos de clase que florecieron en ella las causas de movimientos como el 15-M. El populismo genera una unidad ficticia que oculta el conflicto de

clases subyacente. Žižek comprende que el lenguaje que apela a “democracia real” o “justicia” despierta menos rechazo que hablar de “izquierda” y de “clase trabajadora” puede ser muy efectivo en el “momento populista”, para construir un sentimiento de unidad de una gran cantidad de personas, pero considera que la vaguedad de las expresiones es peligrosa (en mis términos, diría que Žižek considera que la retórica vacía y la falsa unidad es un caballo de Troya que acaba por diluir más deprisa la lucha, pasado el momento inicial de éxtasis colectivo).

Frente a la teoría de la hegemonía de los discursos que aporta Laclau, Žižek se inclina por la explicación de Alain Badiou (2012) de las revoluciones. Este autor considera que las revoluciones tienen dos fases: la primera es “el renacimiento de la historia” que culmina con un levantamiento popular contra una figura de poder a la que cada grupo odia por motivos distintos. Gente de todos los estratos sociales se opone al sistema vigente, que rápidamente pierde su legitimidad. En el 15M este fue el momento de las grandes manifestaciones, en las que se experimentó un gran sentimiento de unidad capaz de traspasar las pantallas de televisión y las crónicas de las redes sociales. Centenares de miles de personas se reunían en las plazas (y las ocupaban para planificar un mundo nuevo) y millones de personas las acompañaban en sus pensamientos, con la misma ilusión. Fueron momentos grandiosos en los que ese “pueblo” que emergía (“los de abajo”) compuso una unidad que se alzaba frente a la clase política-financiera que había provocado esa crisis y que la había cargado sobre los hombros de ese pueblo que se sentía huérfano de representación política y que pretendía una impugnación a la totalidad del sistema de poder. En la revuelta existe una utopía, el sueño de una sociedad justa en todas las esferas (política, economía, vida personal y cultura), y esa utopía es el auténtico “momento populista” que recordaremos una y otra vez cuando comiencen los problemas, intentando no perder de vista aquel sueño que logró unirnos.

En la segunda fase de la revolución, según Badiou, el antiguo régimen entra en descomposición y, al mismo tiempo, la unidad imaginaria de “los de abajo” comienza a desintegrarse. Los conflictos reprimidos durante el éxtasis colectivo aparecen rápidamente: las personas que protestan se dicen “todas nos hemos reunido, pero ¿qué queremos?” y los poderes y violencias que habitan dentro del “pueblo” emergen en toda su crudeza. Cuando se abandonan las plazas comienza la auténtica política transformadora que no está ya sostenida por el éxtasis colectivo. Llega el momento en el que es necesario poner sobre la mesa una agenda política que aclare lo que se entiende por igualdad y por justicia. Aquí el modelo populista ya no resulta apropiado y, una vez que se entre en el juego político no bastará con plantear toda la campaña sobre “el enemigo” (Žižek, 2016, p. 126). Aquí hay que ir más allá de los confines ideológicos de las personas que se manifestaron, hay que traspasar la mera protesta contra la crisis y también la ingenuidad de una vaga impugnación a la totalidad. Aquí hay que hablar de clases, hablar de la izquierda y, sobretodo, hablar de los problemas reales de las personas y de las soluciones que se proponen, abandonando la tentación populista del equilibrio y el lenguaje vacío.

Žižek considera que una noción tan amplia como “pueblo” hace que todos los conflictos sociales queden integrados en un totum revolutum igualador, en el

que no se identifican los problemas reales que dividen a la sociedad. Hablar de “pueblo” o de “gente” permite vaciar la agenda política y olvidar los asuntos importantes. El filósofo admite que la noción de “clase” ha dejado fuera a muchas personas explotadas. Considera que esta noción debería ampliarse, pero no ser sustituida por “pueblo” que es una noción problemática en la práctica. Alessandro Russo¹ clasifica dos tipos de posiciones postmodernas que intentan sustituir a la noción de “clase trabajadora”: las “metaclasistas” (por encima de la división de clases) y las “hiperclasistas” (que se centran en una parte de la clase trabajadora). Ejemplos de las primeras serían “pueblo”, “gente”, “ciudadanía democrática radical” o “multitud” (Hardt y Negri, 2005); ejemplos de las segundas serían “cognitariado” o “precariado” (Žižek, 2016, p. 115). Žižek reivindica la noción de clase como aquella que identifica mejor a todas las personas explotadas por el capitalismo global, sin dejar de mirar hacia dicho sistema como el causante último de los problemas concretos.

FEMINISMO Y POPULISMO

Según el modelo de Laclau, las demandas se pueden volver equivalentes precisamente porque se enfrentan a la misma autoridad (Laclau, 2015, p. 175) y esta autoridad, en el 15M, fueron las élites políticas y económicas, “los de arriba”. Según el discurso que se configuró en aquellas protestas, la gente común era explotada por las élites, y esa “gente común” estaba integrada tanto por personas de izquierdas como por personas de derechas. No había más ideología que la indignación frente al expolio, el deseo de redistribución y la negación de la legitimidad de aquellos supuestos representantes de la “izquierda” y la “derecha” que se percibían como partes de la misma élite y no de la “gente común”. El cuestionamiento a la estafa financiera incorporaba una crítica al capitalismo especulativo que nunca llegó a formularse de un modo claro, porque el movimiento indignado tenía la firme pretensión de abarcar a todas las personas desposeídas, en su diversidad ideológica (aunque siempre hubo un gran predominio de la izquierda). En un principio, la apelación al “pueblo” estaba cargada de materialidad, completamente conectada con las demandas de base, con los problemas de la ciudadanía, mientras que la noción de “izquierda” era el auténtico significante vacío. En los años siguientes tuvo que recuperarse la vieja distinción izquierda/derecha, porque la retórica populista pasó a ser percibida como desprovista de conexión con las demandas ciudadanas. Hoy se vuelve a hablar de “clase trabajadora” y la hipótesis de Žižek ha resultado confirmada: la izquierda reclama un giro materialista, el conflicto de clases emerge, los “nuevos” liderazgos causan más rechazo que adhesión y el discurso político del populismo ya no logra movilizar. La hegemonía se ha roto y el pueblo ya es de nuevo lucha de clases.

¿Pero realmente ha desaparecido el populismo?, ¿o ha sido desplazado por

¹Intervención de Alessandro Russo en el cuarto Congreso sobre “The Idea of Communism” de Seúl, 27-29 de Septiembre de 2013, a la que asistió Žižek

un nuevo antagonismo popular, que se articula en claves nacionales? En Laclau, hay un populismo si existe un campo político dividido en dos partes, y hay un nuevo populismo allá donde surge un nuevo antagonista. Hoy “la casta” ha perdido fuerza en el debate público, que se articula en un campo político diferente. La izquierda expresa su temor a que la lucha de clases sea desplazada cuando las condiciones económicas continúan siendo asfixiantes para la clase trabajadora. Junto al antagonismo nacional, ha cobrado fuerza otro que resulta difícil de interpretar en clave populista: la lucha de las mujeres contra el patriarcado. Este antagonismo ya se anticipaba en pleno éxtasis del 15-M, cuando se produjeron abucheos contra feministas que afirmaban “la revolución será feminista o no será”.

El feminismo ponía en riesgo el antagonismo populista de “los de abajo” contra “los de arriba” porque para el feminismo el antagonista no es solo el 1% donde se encuentran las grandes fortunas, sino que cuestiona a muchos de los varones que se manifiestan en el 15-M (y son los hombres los que usualmente se arrojan el liderazgo conforme las estructuras populistas se van articulando). Es decir, no es solo que como señala Žižek, vaya emergiendo toda la lucha de clases que habita en el interior del 99% (“los de abajo”), sino que surge el feminismo formula un antagonismo aún más rupturista. En efecto, puede entenderse que el populismo del 15-M no deja de ser “de izquierdas”, pues la hegemonía se articula entorno a las demandas que señalan de forma más directa a las élites financieras. Al querer abarcar a casi la totalidad de la población, el populismo acaba pasando por alto la mayoría de conflictos de clase y se queda solo con el más flagrante, pero a pesar de todo el antagonismo populista 99 frente a 1% puede leerse en clave de lucha de clases sociales. Y la “izquierda” lucha en todo momento para obtener la centralidad de sus demandas en la cadena de equivalencias populista. Las demandas de las feministas son aceptadas siempre que no intenten disputar la hegemonía a la izquierda, es decir, siempre que permanezcan en la periferia de la cadena de equivalencias y que no increpen a sus compañeros. El populismo de izquierdas es capaz de integrar aquellas demandas del feminismo que se dirigen contra las élites económicas, pero se muestra débil para integrar de forma honesta aquellas demandas que se dirigen contra el abuso sexual o aquellas que visibilizan el trabajo no remunerado o infravalorado que hacen las mujeres. Los mismos hombres que lideran la revolución, gozan de privilegios sobre las mujeres en sus vidas personales.

Los movimientos sociales de izquierdas, que dicen ser más abarcadores que el feminismo, exigen de facto que las mujeres moldeen su discurso para dirigirlo contra el régimen opresivo capitalista y no contra sus compañeros de militancia y se las abuchea cuando se expresan en un momento inoportuno. El papel del feminismo en el interior del populismo es dar un toque de diversidad a la cadena de equivalencias, exactamente igual que las minorías étnicas o lgtbi. Se ponen todos los medios para evitar que la mitad de la población se sitúe en el centro de la hegemonía populista. Resulta hasta absurdo imaginar que las mujeres como sujeto político puedan constituir un pueblo: las mujeres, por sí mismas, nunca han sido pueblo. Puede ser pueblo la clase obrera, una minoría étnica, o una realidad nacional, pero nunca las mujeres “¡solas!”, porque a ellas no pertenece el lenguaje de la

universalidad con el que se escriben los pueblos. Esto significa que los problemas principales del pueblo nunca son aquellos problemas principales que afectan en exclusiva a las mujeres. Cuando llega el momento de aplicar esos significantes vacíos como “libertad” o “justicia”, su contenido aparentemente universal y neutral al género resulta en la práctica una repetición de la marginación y el olvido de las mujeres.

Chantal Mouffe, una de las autoras clave de la teoría populista, apuntaba en 1999 que el objetivo debe ser la unión de la “ciudadanía democrática radical” para luchar contra todas las formas de dominación, es decir, la formación de una amplia cadena de equivalencia entre las demandas de todas las personas que luchan contra el poder (mujeres, clase trabajadora, minorías étnicas, lgtbi, etc). La autora sostiene que es necesario que la política feminista se abra a una oportunidad mucho más grande, que es la que ofrece la articulación de las distintas luchas. Este proyecto implica no centrarse en hacer una política específicamente feminista, es decir, no centrarse solo en los intereses de las mujeres como mujeres, sino contra todas las formas de subordinación que nos afectan y no solo las relativas al género (Mouffe, 1999, p. 126). A pesar del alegato de Mouffe, el movimiento de las mujeres se resiste a la asimilación en el interior de la categoría “pueblo”. No podemos permitirnos abandonar la base material de la desigualdad ni entregarnos a superficies discursivas abstractas que prometen preocuparse por nuestros problemas, pero que siempre los dejan para el final. Como sostiene Luisa Posada, seguimos necesitando que las mujeres sean el sujeto del feminismo. Es decir, “mujeres” es una “identidad estratégica” y necesitamos «un discurso crítico con lo que todavía no es ni mucho menos calificable de post-patriarcado en nuestro mundo. Y sus señas de identidad no pueden venir a confundirse, por tanto, con ninguna otra posición por mucho que esta se auto-reclame como post-feminista» (Posada, 2014, p. 157).

El feminismo no aceptará la integración en una cadena que asuma la forma de una enumeración: clase trabajadora, mujeres, minorías étnicas, ecologistas, lgtbi, etc. Estas enumeraciones hacen sospechar que en el populismo todas las luchas se integran, sin que se tengan en cuenta el número de personas afectadas, la gravedad de los asuntos implicados o la urgencia de los problemas (es decir, en un maremágnum que se organiza frente a un poder difuso). En ese maremágnum desaparecen los conflictos (por ejemplo, desaparecen los feminicidios y agresiones sexuales, que son cometidos por los hombres contra las mujeres). El modelo de Mouffe, incluso en su más reciente formulación, el “populismo de izquierdas”, parece poco compatible con el hecho de que el feminismo sea principio articulador de la cadena de equivalencias, pues el rasgo distintivo de este populismo es precisamente que se articula frente al orden neoliberal (por eso es nombrado como “de izquierdas” y no como “feminista”, por su oposición al patriarcado). A una pregunta sobre la posible centralidad del feminismo dentro de la cadena de equivalencias, Mouffe (Abrevaya, 2018) responde «me parece interesante analizar si en algunos lugares el movimiento feminista puede ser el principio articulador. En el caso europeo, únicamente en España es donde es fuerte el movimiento feminista. Lo que pasó el 8 de marzo fue impresionante. La huelga feminista es un movimiento completa-

mente transversal, de todas las edades, de todos los grupos. Y lo que es interesante es que es una lucha de las mujeres, pero no se limita a las demandas específicas de las mujeres; es una lucha que articula, hay muchas mujeres trabajadoras. Hay una serie de luchas que se articulan. Además, ha revolucionado el país en cuanto a los valores. En el sentido común han tenido un impacto enorme. Entonces uno puede pensar que el feminismo va a ser el símbolo de todas las luchas para la radicalización de la democracia». Es como si Mouffe considerase que la lucha contra el patriarcado es algo “demasiado específico”, algo que en principio solo se limita a los problemas de las mujeres y que necesita mutar en sus objetivos para poder ser universal. En este caso, necesita convertirse en símbolo de la lucha por la radicalización de la democracia y de la oposición al neoliberalismo.

No comparto esta sutil reducción del patriarcado a especificidad. Para la teoría feminista de autoras como MacKinnon y Firestone, el socialismo se ubica en el interior del feminismo y no a la inversa, pues la lucha contra el patriarcado lleva dentro de sí la lucha contra el capitalismo. El feminismo no necesita cuestionar su sujeto revolucionario principal (las mujeres), mutar su objetivo principal (abolir el patriarcado) o convertirse en símbolo de otra cosa para constituir el principio articulador de una amplia transformación social. No obstante, este deslizamiento con respecto al objetivo fundamental se encuentra presente incluso en los momentos más autónomos de la tradición feminista. Kate Millett (2010, p. 609), representante central del feminismo de los años setenta, señaló que las mujeres, por ser el grupo alienado más numeroso de la sociedad, podrían desempeñar en una función dirigente en una revolución social pacífica sin precedentes. Los grupos oprimidos de Norteamérica (negros, mujeres y pobres) podrían formar una coalición para abolir los papeles instituidos (tanto sexuales como de cualquier otra índole). Con todo, la propuesta de Mouffe va un paso más allá en la desintegración de la autonomía feminista porque la categoría “pueblo” como campo simbólico hace un borrado mayor de los sujetos colectivos que la categoría “coalición”, que es a la que apunta Millett. La categoría “coalición” es mucho más coherente y útil para la praxis feminista.

La izquierda no se siente del todo incómoda con “sus propios” populismos porque las demandas económicas “de clase” tienen el suficiente poder simbólico como para ser consideradas el auténtico significado de la “justicia” y la “democracia”. La clase trabajadora, en la imaginación de los líderes, es considerada el corazón del pueblo. En un debate sobre populismo o sobre la noción de “pueblo” es probable que las cuestiones de “case” aparezcan e incluso que insignes marxistas sean invitados a participar. Sin embargo, las reivindicaciones de las mujeres ni siquiera son conceptualizadas como algo que tenga que ver con el asunto, pues son precisamente eso, reivindicaciones específicas de las mujeres que se debaten al margen de los asuntos de la política general.

Žižek, como defensor de la clase trabajadora, se opone al populismo de Laclau señalando que no todas las demandas son iguales. Entre todas las luchas: económicas, políticas, feminista, ecologista, étnica, etc. hay una jerarquía. La estructura capitalista origina los demás “antagonismos”. Las clases, la realidad empírica

sobre la que tienen lugar esos discursos que se disputan el poder. Por eso, el marxismo defiende que la relación entre las demandas no es algo contingente como sostiene Laclau: las revueltas no son el producto de un discurso artificial que se inventa entre infinitos discursos posibles. Žižek considera que está claro contra lo que las personas oprimidas luchan: el sistema capitalista y todas sus manifestaciones cotidianas en las vidas particulares (Žižek, 2000, p. 92). No son los marginados los que se “inventan” al opresor, los que diseñan “un pueblo”, unos “símbolos” y una emotividad inspiradora. La opresión es real y tiene una lógica subyacente.

Žižek considera que las luchas multiculturales o feministas pueden funcionar como distracciones de la lucha de clases y así favorecer al capitalismo, que es el auténtico enemigo (Žižek, 2016, p. 166). El feminismo puede romper la solidaridad de clase que debe atravesar la frontera del sexo. En opinión de Žižek uno de los problemas que presenta un modelo explicativo como el de Laclau es que permite el desplazamiento de los problemas importantes hacia las disputas culturales sobre estilos de vida y nuevas subjetividades (Žižek, 2016, p. 203). Daniel Bernabé (2018, p. 130), también desde el marxismo, alcanza conclusiones similares: la clase social ha olvidado su propia existencia y ha sido sustituida por identidades que rompen la conciencia de clase. Lo problemático se ha desplazado desde lo económico o lo laboral hacia campos meramente simbólicos como el matrimonio homosexual, la memoria histórica, el lenguaje inclusivo o la educación para la ciudadanía. Bernabé aclara que no está sosteniendo que estos ejemplos carezcan de importancia, el problema que encuentra es que estos conflictos culturales permiten que un Gobierno haga políticas de derechas mientras valida frente a sus votantes su carácter progresista gracias a estas cuestiones. Se habla menos de trabajo, vivienda, salud o educación que de estereotipos y representación de colectivos.

Coincido con Žižek y Bernabé en que no todas las demandas son iguales en importancia (no todos los problemas que tiene la ciudadanía son igual de graves y no son igual de estructurales). También coincido en la apreciación de que la jerarquía entre los problemas existe en el mundo empírico y no es una mera creación discursiva. Ahora bien, me llama la atención que estos autores traten la lucha de las mujeres como si fuese equivalente a la lucha de una minoría social. Habría que señalarles que somos el 50% de la población, que somos más personas que el proletariado o la clase obrera en cualquier momento histórico. Pero si insisten en trazar analogías, deberían equipararnos a las clases desposeídas. Y esta analogía sería muy pertinente, porque nuestra clase sexual (las mujeres) posee solo el 10% del dinero mundial en propiedad y el 1% de la tierra. Además, nos afecta el 67% de la pobreza, el 70% del analfabetismo y el 80% de la desnutrición. Las mujeres solo ocupan el 16% de los puestos ministeriales y el 14% del poder empresarial. Los hombres no solo monopolizan los recursos económicos, sino que tienen el poder en todas las esferas (Datos ONU). El feminismo, cuyo objetivo es acabar con el patriarcado, lleva a cabo una lucha de carácter eminentemente material, pues el patriarcado es un sistema de clases sexuales fundado sobre la explotación de las mujeres. El feminismo reivindica los recursos materiales y simbólicos que pertenecen a las mujeres por justicia.

Es necesario matizar la definición de Bernabé de “lo material” que asimila a “los asuntos del dinero”: gran parte del trabajo de las mujeres no está monetarizado. El trabajo no pagado que realizan las mujeres en el ámbito del hogar genera una plusvalía esencial para el mantenimiento del sistema capitalista. El trabajo asalariado es rentable a causa de la existencia del trabajo femenino no pagado. Pero para remediar esta situación no es “suficiente” con la incorporación de las mujeres. Integrar la crianza a la organización social requiere un cambio de modelo. Pero los problemas materiales de las mujeres no concluyen con la incorporación del trabajo reproductivo al análisis. La violencia machista es un asunto de “propiedad”, pues el patriarcado instaura la propiedad de los hombres sobre las mujeres (de hecho, todavía hay países en los que las mujeres piden permiso a su marido para trabajar y no pueden salir sin él a la calle). Según la historiadora Gerda Lerner, el surgimiento de las clases sociales derivó de la apropiación de los cuerpos de las mujeres para su explotación reproductiva y sexual. Autoras como Kate Millett y Sulamith Firestone formularon un materialismo histórico que sitúa en el centro la cosificación de las mujeres, con manifestaciones como la prostitución. Por eso cuando autores marxistas afirman que la clase social es una línea horizontal que atraviesa a los demás conflictos es preciso señalar que la clase no es necesariamente el marco universal en el que se ubican los demás conflictos. El feminismo tiene la misma legitimidad para reclamar la universalidad que el liberalismo o el marxismo. La perspectiva feminista no debe ser encasillada en la lucha por los intereses de una parte de la humanidad.

MacKinnon expone que encontramos dos sistemas de opresión distintos: la clase y el sexo, y se pregunta ¿cuál de los dos es la base primaria de la opresión y si pueden serlo los dos? La autora señala que para la teoría marxista la historia de la opresión es la historia de la lucha de clases, ocultando el papel de los hombres como beneficiarios de la subordinación sexual de las mismas (MacKinnon, 1995, p. 100). MacKinnon sostiene que la principal forma de dominación en la sociedad es el patriarcado y acabar con el patriarcado implica poner fin al capitalismo porque este sistema económico se sustenta sobre la explotación de las mujeres. Firestone señala que la principal limitación del análisis marxista es el reduccionismo económico. (Firestone, 1976, p. 13). La autora admite las ventajas que aporta un análisis materialista frente a uno idealista (como el que desarrolla el populismo posmoderno), sin embargo, considera que debemos ampliar la concepción de “materialismo” porque un diagnóstico económico que llegue hasta la propiedad de los medios de producción e incluso hasta la propiedad de los medios de reproducción, no aporta una explicación completa. Es necesario incorporar el análisis el tratamiento de las mujeres como propiedad (la cosificación) para comprender la experiencia material de media humanidad.

CONCLUSIÓN

Hemos de valorar algunos aspectos muy positivos del populismo post 15M: esta

versión populista de izquierdas se muestra capaz de sumar antagonismos sociales distintos al de clase (feminismo, antirracismo, ecologismo, etc.) y representa un revulsivo movilizador en una sociedad apalancada en categorías y posiciones políticas desgastadas. La emergencia del populismo introduce nuevos debates y permite el cuestionamiento de todas las instituciones e ideas sobre las que se asienta un orden político dado. Como cara negativa del populismo debemos destacar que implica un vaciamiento de la agenda política, que suele degenerar en una progresiva jerarquización en torno a un líder y que pierde fácilmente la conexión con las realidades empíricas que dieron lugar a la emergencia de la movilización social. El énfasis en la unidad que requiere la conformación de un pueblo implica una cierta tensión con la concreción y la materialidad de las demandas que quedan asimiladas en el interior del mismo. Unos sujetos colectivos saldrán beneficiados por la hegemonía populista y otros quedarán en la periferia de la cadena de equivalencias. Lejos de depender de configuraciones discursivas contingentes como apunta Laclau, es muy previsible que las demandas de algunos sujetos serán el centro de la cadena de equivalencias, mientras que las de otras (las mujeres) quedarán en la periferia. El feminismo es en el proyecto populista un elemento más en una enumeración de diversidades y su función no parece ser otra que la de aportar “inclusión” al pueblo.

El marxismo y el populismo nos sitúan ante un falso dilema: o bien adoptamos un reduccionismo económico y consideramos la clase social como única categoría susceptible de análisis empírico y materialista, o bien renunciamos a la pretensión de cualquier tipo de análisis empírico y aceptamos que existe una constelación infinita e inaprensible de posiciones subjetivas de poder, que solo pueden abordarse mediante el análisis del discurso. Precisamente esa perspectiva de la constelación infinita de opresiones y privilegios es la que subyace tras la introducción del feminismo en el interior de una enumeración de colectivos. Ese enfoque de la enumeración no cierra de forma definitiva los elementos que forman parte del análisis (que suelen acompañarse por un “etcétera”) y no hace ningún intento por establecer prioridades ni por comprender de forma precisa cómo se relacionan entre sí los antagonismos. El resultado es que se generan una igualación “de brocha gorda” entre dichos antagonismos, del que solo la “clase social”, por su tradición de análisis materialista, logra escapar. Considero que cualquier articulación estratégica de las luchas debería partir de una adecuada ponderación de la gravedad y el alcance de los problemas concretos de los que hablamos, así como del número de personas afectadas. Aunque tal vez haya una infinidad de antagonismos posibles en sentido discursivo o subjetivo, y un considerable número de excusas para la discriminación de las personas, no existen infinidad de sistemas de explotación de alcance global con una clase de personas explotada y otra beneficiada por dicha explotación. Para ser precisas, existen tres sistemas de este tipo: el capitalismo, el patriarcado y el colonialismo. La alianza estratégica entre las luchas que se oponen a estos sistemas globales solo puede construirse sobre la adecuada ponderación del alcance material e ideológico de dichos sistemas. El populismo, con su tendencia a la utilización de significantes vacíos “igualdad”, “justicia” de apariencia universal, no resulta satisfactorio para las mujeres, que siempre han sido olvidadas en el mo-

mento de concretar las categorías universales. El feminismo, antes de integrarse en coaliciones o cadenas de equivalencias, hará bien en exigir un análisis empírico del poder y una concreción de lo que el proyecto político ofrece a las mujeres.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- Abrevaya, S. (2018). “Entrevista Chantal Mouffe, ante el avance del populismo de derecha. La única manera es desarrollar un populismo de izquierda”. *El País*. 25 de noviembre.
- Badiou, A. (2012). *El despertar de la Historia*. Buenos Aires: Ediciones Nueva Visión.
- Bernabé, D. (2018). *La Trampa de la Diversidad. Cómo el neoliberalismo fragmentó la identidad de la clase trabajadora*. Madrid: Akal.
- Firestone, S. (1976). *La dialéctica del sexo. El defensa de la revolución feminista*. Barcelona: Kairós.
- Hardt, M. y Negri, A. (2005). *Multitud*. Barcelona: DeBolsillo.
- Laclau, E. (2015). *La razón populista*. Madrid: Fondo de Cultura Económica.
- MacKinnon, C. (1995). *Hacia una teoría feminista del Estado*. Madrid: Cátedra.
- Millett, K. (2010). *Política sexual*. Madrid: Cátedra. [SEP]
- Mouffe, C. (1999). *El retorno de lo político. Comunidad, ciudadanía, pluralismo, democracia radical*. Barcelona: Paidós.
- Pitkin, H. (1967). *The Concept of Representation*. Berkeley: University of California Press.
- Posada Kubissa, L. (2014). “Teoría queer en el contexto español. Reflexiones desde el feminismo”. *Daimon. Revista Internacional de Filosofía*, 63, pp. 147-158 .
- Surel, Y. (2003). “Berlusconi, leader populiste?”. En *La tentationpopuliste en Europe* (pp. 113-129). París: La Découverte.
- Worsley, P. (1969). “The concept of populism”. En *Populism. Its Meaning and National Characteristics* (pp. 112-250). Londres: MacMillan.
- Žižek, S. (2000). “Class Struggle or Postmodernism? Yes, please!” En J. Butler, E. Laclau y S. Žižek, *Contingency, Hegemony, Universality* (pp. 90-136). Londres: Verso.
- Žižek, S. (2016). *Problemas en el paraíso. Del fin del capitalismo al fin de la historia*. Barcelona: Anagrama.